

HARLEQUIN™

Libro de Autor

# Lynne Graham

Sin salida

Una proposición escandalosa



# Lynne Graham

Sin salida

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2000 Lynne Graham. Todos los derechos reservados.  
SIN SALIDA, N° 98 - 1.1.10  
Título original: Don Joaquin's Pride  
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd. Londres

© 2001 Lynne Graham. Todos los derechos reservados.  
UNA PROPOSICIÓN ESCANDALOSA, N° 98 - 1.1.10  
Título original: Rafaello's Mistress  
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd. Londres

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2001 y 2002.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8091-6  
Editor responsable: Luis Pugni

# Capítulo 1

**P**ERO yo no puedo hacerme pasar por ti...  
—murmuró Lucy, incrédula.

—¿Por qué no? —insistió Cindy—. Guatemala está al otro lado del mundo y Fidelio Páez nunca me ha visto. Él no sabe que tengo una hermana gemela.

—Pero, ¿por qué no le escribes para decir que no puedes ir a visitarlo? —preguntó Lucy, intentando entender por qué su hermana sugería tan absurda mascarada.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Vas a casarte dentro de un mes —le recordó Lucy—. En mi opinión, esa es muy buena excusa para decirle que no puedes ir.

—No lo entiendes. No fue Fidelio quien me es-

cribió. Fue un vecino suyo, un metomentodo que se llama Joaquín del Castillo —explicó Cindy—. Exige que vaya allí y me quede durante un tiempo...

—¿Y quién es él para exigirte nada?

—Él cree que como nuera de Fidelio, la única familia que le queda... bueno, que estoy obligada a visitarlo porque está enfermo.

Mientras trabajaba en Los Ángeles, Cindy había tenido un romance con el hijo de un rico hacendado guatemalteco. Pero su hermana había quedado viuda unos días después de casarse. Un hombre joven y aparentemente sano, Mario Páez había muerto de un infarto. En aquel momento, Guatemala sufría terribles inundaciones y el país estaba en estado de emergencia, con las comunicaciones cortadas. El padre de Mario no pudo acudir al funeral y Cindy había tenido que volver a Londres.

—No sabía que seguías en contacto con el padre de Mario —dijo Lucy, mirando a su hermana gemela con sus ojos color violeta.

Cindy se puso colorada.

—Pensé que seguir en contacto con él era lo mínimo que podía hacer. Y ahora que Fidelio está enfermo...

—¿Es grave?

—Muy grave por lo visto. ¿Cómo voy a decirle que no puedo ir a verlo porque voy a casarme otra vez? Le rompería el corazón —contestó su hermana. Lucy hizo una mueca. Su hermana

tenía razón. Para Fidelio, aquello sería un cruel recordatorio de la trágica muerte de su hijo—. Ese hombre, el vecino, incluso me ha enviado los billetes de avión. Pero, aunque no estuviera a punto de casarme con Roger, tampoco iría —confesó Cindy, nerviosa—. No soporto tener gente enferma alrededor. No lo aguanto. No serviría de nada que fuera a Guatemala.

—Ya —suspiró Lucy. Conocía bien a su hermana gemela. Cindy se había limitado a ayudarla económicamente cuando ella se vio obligada a dejar su trabajo para cuidar de su madre, inválida. Cindy les había comprado entonces un apartamento cerca del hospital que, tras la muerte de su madre, habían puesto a la venta.

—Pero tú podrías ayudar a Fidelio —insistió su hermana—. Fuiste una enfermera maravillosa para mamá.

—No estaría bien engañar a Fidelio. Creo que deberías hablarlo con Roger...

—¿Con Roger? ¡Yo no quiero que Roger sepa nada de esto! —exclamó Cindy—. Si Roger supiera cuánto dinero le debo a Fidelio seguramente cancelaría la boda... ¡y yo no podría soportarlo!

Lucy miró a su gemela, sorprendida.

—¿Le debes dinero a Fidelio Páez?

—Pues... la verdad es que durante estos años me ha estado enviando dinero —admitió Cindy, incómoda.

Lucy se quedó atónita.

—¿Por qué te ha enviado dinero?

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Está forrado y cuando Mario murió, yo no tenía nada —explicó su hermana. Lucy estaba sorprendida por la revelación—. No todo ha sido fácil para mí, Lucy.

—Ya —murmuró ella.

—Roger no sabe nada de Fidelio y yo no quiero que sepa nada del dinero que me ha enviado porque... pensaría que soy una egoísta por no haber ido a visitarlo —le confió Cindy, con los ojos llenos de lágrimas—. Hay muchas cosas que Roger no sabe sobre mí. Pero he cambiado. Desde el año pasado no he vuelto a aceptar un céntimo de Fidelio y...

—No llores —intentó consolarla Lucy.

—Sé que te estoy pidiendo mucho, sobre todo cuando... te he mentido sobre ciertas cosas —siguió Cindy—. Pero necesito tu ayuda, Lucy. Tienes que ir a Guatemala por mí.

—Cindy, yo...

Su hermana la abrazó con lágrimas en los ojos y Lucy se emocionó. Cindy no solía ser tan cariñosa.

Tras el divorcio de sus padres habían estado quince años separadas y, por primera vez desde que eran niñas, Cindy le estaba pidiendo ayuda. La idea de que su elegante y sofisticada hermana la necesitase hacía que Lucy se sintiera orgullosa. Más discreta y reservada que su hermana gemela, Lucy se quedó desolada cuando Cindy desapareció de su vida. Aquel sentimiento de soledad nunca se había borrado del todo y que

Cindy la necesitara era una forma de recuperar el pasado. Intentando olvidar que lo que iban a hacer no estaba bien, Lucy decidió ayudar a su hermana en todo lo que fuera posible.

—Está bien. Lo haré.

Cindy dio un paso atrás y miró a Lucy con el ojo crítico de una maquilladora, una mujer que se tomaba gran interés en su apariencia.

Irónicamente, pocas gemelas idénticas podrían ser tan diferentes. Lucy nunca se ponía maquillaje y se sujetaba la rizada melena rubia con una coleta. Llevaba vaqueros gastados, una camiseta de algodón y zapatos planos.

—El año pasado le envié una fotografía mía a Fidelio y... bueno, ya me conoces, me puse de cine. ¡Voy a tener que trabajar mucho para convertirme en mí! —confesó Cindy con una sonrisa de culpabilidad.

Lucy miró a su hermana con expresión escéptica. Cindy vestía como una modelo y solía mostrar más de lo que escondía. Su larga melena rubia caía por su espalda, peinada por el mejor peluquero de Londres y se maquillaba como una actriz. Todo en ella era perfecto, pensó Lucy metiendo estómago.

Un hombre vestido con un poncho entró en el bar y se acercó a los vaqueros que miraban a Lucy con la boca abierta. Con un vestido rosa de diseño y zapatos de tacón, la joven rubia era

como una aparición en aquel remoto pueblo de Guatemala.

Cindy había insistido en que tenía que vestirse para impresionar a Fidelio, pero ella se sentía horriblemente incómoda. Además, los tacones la estaban destrozando.

Lucy había encontrado una nota en el hotel diciendo que irían a buscarla a un pueblo llamado Santa Angelita y sin deshacer la maleta, pidió un taxi. Una vez que salieron de la autopista, la carretera se había convertido en un camino de tierra. Aquella increíble jornada llena de polvo la había llevado hasta un grupo de edificios abandonados en medio de un valle situado bajo la sombra de lo que parecía un volcán y, según su guía, lo era. Exhausta y desesperada por un baño, Lucy miraba a aquellos hombres sin saber qué hacer.

¿Y si Fidelio se daba cuenta de que no era Cindy? ¿Y si hacía o decía algo que la desenmascaraba? Pero no había tenido alternativa, pensó Lucy. La idea de que Fidelio Páez muriera sin tener a su lado un solo familiar, por lejano que fuera, la llenaba de compasión.

Lucy levantó la mirada en ese momento. Un hombre muy alto que parecía salido de una película del oeste la miraba desde la puerta del bar. Intimidada, Lucy tragó saliva e intentó encoger su metro cincuenta un poco más.

Los hombres se quitaron el sombrero y un murmullo de respeto rompió el silencio. El hombre se acercó a ella con un ruido de espuelas.

—¿Lucinda Páez?

Lucy se quedó mirando el cinturón de cuero con una hebilla de plata. Después, sintiéndose diminuta al lado de aquel gigante, se puso en pie. Pero los tacones de diez centímetros no ayudaban mucho. Aquel hombre debía medir más de un metro noventa y ella no le llegaba ni a los hombros. Preguntándose si iba a necesitar su diccionario de español para entenderse con él, Lucy levantó la cara.

—¿Ha venido a buscarme? —preguntó—. No he oído el coche.

—Será porque he venido a caballo.

El fluido inglés del extraño la tomó por sorpresa. Lucy se echó a reír. Tenía que ser una broma. Nadie iba a buscar a otra persona a caballo en el siglo XX. Sobre todo, si esa persona llevaba maletas.

—¿Puede mostrarme alguna identificación?

—Soy Joaquín Francisco del Castillo y no estoy acostumbrado a que duden de mi identidad —contestó él, ofendido.

Lucy intentó no acobardarse.

—Y yo no estoy acostumbrada a irme con hombres que no conozco...

—Ya, claro. Por eso conoció a Mario en un bar y se fue a la cama con él esa misma noche. No creo que sea usted particularmente selectiva con los hombres —replicó él entonces.

Lucy se quedó paralizada. No podía creer que le hubiera dicho algo tan ofensivo a la cara.

—¿Cómo se atreve? —exclamó, poniéndose colorada—. ¡Eso no es verdad!

—Mario y yo crecimos juntos, así que está perdiendo el tiempo. Guárdese el numerito para Fidelio. ¿Va a venir conmigo o piensa quedarse aquí?

—¡Yo no voy a ningún sitio con usted! Que manden a otra persona a buscarme...

—No hay nadie más, señora —la interrumpió él, dándose la vuelta. Lucy se quedó mirando aquella espalda increíble, como hipnotizada.

Los hombres empezaron a murmurar y Lucy se preguntó si alguno de ellos hablaba inglés y habría entendido la grosería de Joaquín del Castillo. Con la cara roja de vergüenza, Lucy tomó su maleta y salió del bar.

Joaquín del Castillo la estaba esperando en la puerta.

—Es usted el hombre más grosero y desagradable que he conocido en toda mi vida —le espetó—. Por favor, no vuelva a dirigirme la palabra a menos que sea absolutamente necesario.

—No puede llevar eso.

Antes de que Lucy pudiera replicar, el hombre le quitó la maleta de las manos.

—¿Qué está haciendo?

—Es un camino muy largo y quiero llegar antes de que se haga de noche. En el rancho no le va a hacer falta nada de esto —dijo Joaquín del Castillo—. Elija lo que necesite y lo colocaré en la silla. El dueño del bar se quedará con la maleta hasta que vuelva.

—¿No lo dirá en serio?

—Fidelio ha vendido su camioneta, de modo que tenemos que ir a caballo.

—¿A caballo? —repitió Lucy, atónita.

—Dentro de un par de horas empezará a oscurecer. Le sugiero que entre en el bar y se ponga algo más apropiado.

¿Fidelio había vendido su camioneta? Lucy no entendía nada. Cindy le había dicho que Fidelio Páez era un hombre muy rico.

—Pero yo no sé montar a caballo...

El hombre se encogió de hombros y la miró de arriba abajo. El sol iluminó sus facciones entonces y Lucy pudo ver su cara por primera vez.

Y se quedó sin aliento. Joaquín del Castillo era el hombre más guapo que había visto en su vida. Tanto que no podía dejar de mirarlo.

Tenía los ojos de color verde claro, los pómulos altos, la nariz recta y una boca tan apasionada y tan perversa como un pecado. Era tan atractivo que Lucy se quedó clavada en el suelo.

Cuando sus ojos se encontraron, sintió un escalofrío y su corazón empezó a latir con violencia. Los ojos de Joaquín del Castillo eran verde esmeralda, verdes como el fuego. Un pensamiento completamente absurdo, desde luego, pero nada de lo que Lucy experimentaba en aquel momento tenía sentido.

Furiosa consigo misma, apartó la mirada. Debería estar eligiendo ropa de la maleta, no mirándolo como una adolescente atontada.

—No sé montar a caballo —repitió.

—La yegua es muy tranquila —dijo el hombre, con aquel tono de voz ronco y suave como la seda.

A Lucy le temblaban las manos mientras elegía algo de ropa. Y él seguía mirándola con expresión irónica. Joaquín del Castillo parecía una estrella de cine, pero tenía las maneras de un asno. Seguramente se había criado en aquel lugar desértico, alejado del mundo y rodeado de vacas, se decía a sí misma. Lucy sacó unos vaqueros de diseño y una blusa bordada, lo único remotamente informal que Cindy había guardado en la maleta.

—No puedo cambiarme en público.

—No es usted tímida... ¿por qué quiere aparentarlo? Dos meses después de la muerte de Mario, apareció enseñándolo todo en una revista.

Lucy cerró los ojos, horrorizada. Ella sabía muy poco sobre la vida de su hermana. Y aquel hombre horrible parecía divertirse ofendiéndola. ¿Cómo sabía tantas cosas sobre Cindy? ¿Realmente había aparecido desnuda en una revista? Lucy sabía que era demasiado gazmoña, pero no podía evitar sentir vergüenza por el comportamiento de su hermana gemela.

Aunque, en realidad, desnudarse delante de una cámara no era algo tan infame. Muchas actrices famosas lo hacían. ¿Cómo se atrevía aquel pueblerino a criticar a su hermana?

—Le he pedido que no me dirija la palabra a

menos que sea absolutamente necesario —le recordó Lucy, intentando aparentar severidad.

Cuando salió del servicio vestida con los vaqueros y la blusa, Joaquín del Castillo la hizo objeto de un largo y lento escrutinio al que ella no estaba en absoluto acostumbrada. Los vaqueros eran muy ajustados y la blusa demasiado escotada, pero no había encontrado nada mejor.

El silencio se alargó durante lo que a Lucy le pareció una eternidad. Bajo la mirada intensa del hombre, se sentía consciente de su cuerpo como nunca lo había sido antes. Era como si él la estuviera acariciando con aquellos increíbles ojos verdes. Y eso la ponía muy nerviosa.

—¿Dónde está mi maleta? —preguntó. Sin molestarse en contestar, Joaquín del Castillo colocó un maloliente poncho sobre sus hombros—. ¿Qué hace?

Ajeno a su reacción, Joaquín le colocó un sombrero de paja sobre la cabeza.

—Hay que tener cuidado con el sol.

—¿Dónde está mi maleta? —insistió ella.

—He colocado algunas de sus cosas en la silla. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

—¿Ha sacado las cosas de mi maleta? —preguntó Lucy, incrédula. No podía imaginar que aquel hombre había estado tocando sus braguitas y sujetadores...

—Vamos —insistió él, impaciente—. Ponga el pie izquierdo en el estribo y salte sobre la silla.

Lucy apretó los dientes al oír risas detrás de

ella. Afortunadamente, se había puesto unas cómodas zapatillas de deporte y decidida, colocó un pie en el estribo. Pero la yegua se movió y Lucy cayó al suelo.

Joaquín del Castillo la levantó de un tirón.

—¿Quiere que la ayude, señora? —preguntó, irónico.

Lucy se soltó de un tirón.

—¡Hubiera podido subir si ese maldito caballo no se hubiera movido! —exclamó, irritada. Aunque no estaba acostumbrada a gritarle a nadie, aquel hombre la ponía de los nervios—. Y lo haré sin su ayuda aunque me mate... así que quédese ahí detrás riéndose con sus amigos.

—Como usted diga... pero no me gustaría que se hiciera daño —replicó él, sin mover un músculo.

—¡Apártese! —gritó Lucy, sorprendiéndose a sí misma. Sentía tal rabia que habría podido montar sobre un elefante. Segundos después, estaba montada sobre el animal.

—Voy a atar una rienda de paseo a la yegua —murmuró Joaquín del Castillo, sin mirarla.

Aquel tipo parecía un aristócrata dándole órdenes a su criado, pensó Lucy cada vez más furiosa. Unos segundos después, el animal que había debajo de ella empezó a moverse, inquieto.

—El caballo se está moviendo...

—Es una yegua —la interrumpió él—. Chica se pone nerviosa cuando la monta alguien que no

conoce. Pero no va a pasarle nada, no se asuste.

Lucy lo observó mientras ataba la yegua a un semental negro que movía las pezuñas como un toro.

—Espero que pueda controlar a ese monstruo...

—No es un monstruo, señora —murmuró él entre dientes.

Joaquín del Castillo era un tipo de hombre desconocido para Lucy. Un hombre temperamental y machista. Y orgulloso de serlo. No parecía haber en él ninguna debilidad.

¿Pero por qué era tan grosero con ella? Después de todo, Lucy había ido a visitar a Fidelio, como él quería. Y, lo supiera o no, debía alegrarse de que ella no fuera Cindy. Su hermana ya estaría de vuelta en el aeropuerto. Cindy, acostumbrada a la admiración masculina, no habría soportado ni un segundo a aquel hombre.

Irónicamente, su hermana le había dicho que la tratarían como a una princesa. Fidelio Páez era un caballero a la antigua usanza, pero Joaquín del Castillo no parecía saber nada sobre la galantería latina. Evidentemente veía a Cindy como una oportunista solo porque se había acostado con Mario la primera noche. ¿Cómo se atrevía a juzgarla tan duramente?

—¿Cómo está Fidelio? —preguntó Lucy entonces.

Joaquín la miró muy serio.

—¿Por fin se ha acordado de él? —preguntó.

Lucy se puso colorada—. Está tan bien como cabe esperar en sus circunstancias.

Joaquín subió a su caballo de un salto. Se movía como si formara parte del semental, mientras Lucy estaba tan tensa que le dolían todos los músculos.

—¡No vaya tan rápido! —gritó cuando los caballos empezaron a galopar.

—¿Qué pasa?

—Si me rompo una pierna, no le serviré de nada a Fidelio.

—Pronto se hará de noche y...

—Me estoy asfixiando con este poncho —lo interrumpió ella, agobiada.

—Siento mucho que esta forma de viajar no sea de su gusto, señora.

—Llámeme Lucy. Llámarme «señora» con tan mala educación es ridículo —le espetó ella, furiosa. Joaquín del Castillo la miró como si quisiera matarla—. Sé que no le gusto y no soporto la hipocresía.

—Se llama Cindy, ¿por qué voy a llamarla Lucy? —preguntó él entonces.

Lucy apartó la mirada, molesta por su propio despiste. Afortunadamente, sus padres las habían llamado Lucinda y Lucille.

—La mayoría de la gente me llama Lucy.

—Lucinda —pronunció él lentamente, antes de clavar los talones en el semental.

Lucy intentó no caerse de la yegua mientras seguían galopando por aquel camino polvoriento.

El paisaje era irreal. El cielo y la hierba... y el calor, como un ente físico golpeándola sin remordimientos. No había casas, ni gente, ni siquiera el ganado que había esperado. Cuando vio una colina con palmeras, estuvo a punto de lanzar el sombrero al aire. Pero no le quedaba energía. Ni siquiera sabía la hora que era, pero apartarse el poncho y levantar el brazo le parecía un esfuerzo imposible.

—Necesito beber algo —dijo por fin, con la boca seca.

—Hay una cantimplora colgada en su silla —dijo Joaquín, sin mirarla—. Pero no beba demasiado o se pondrá enferma.

—Tendrá que dármele usted. Si miro hacia abajo, me mareo.

Joaquín del Castillo obligó a su caballo a cruzarse con la yegua para que se detuviera y, con una habilidad que la dejó sorprendida, saltó del semental y desató la cantimplora con una mano.

—Una vez vi a un cosaco hacer eso en el circo.

—Yo no aprendí a montar en un circo, señora —replicó él, ofendido.

—Era un cumplido —murmuró Lucy, antes de llevarse la cantimplora a la boca.

—Ya es suficiente.

Lucy le devolvió la cantimplora y se secó los labios con una mano temblorosa. En realidad, le temblaba todo el cuerpo y estaba muy pálida.

Con una imprecación en español, Joaquín del Castillo la tomó por la cintura.

—¿Pero qué hace...?

—Irá conmigo —dijo él, colocándola sobre el semental y saltando después sobre la silla con tal rapidez que Lucy no pudo protestar. Cuando intentó apartarse de aquel cuerpo duro y musculoso, él la sujetó apretándola contra su pecho con fuerza—. No se mueva —ordenó, impaciente.

Lucy intentaba respirar con normalidad, pero le resultaba imposible. Se le había quedado la boca seca. Joaquín del Castillo olía a cuero, a caballo y... a hombre. Lucy sintió un calor extraño en el vientre, un calor que la hacía sentir extrañamente relajada y sumisa. Las suaves cumbres de sus pechos se habían endurecido al contacto con el torso masculino y la dejaba atónita comprobar que, sin que ella pudiera evitarlo, su cuerpo respondía a la sexualidad que emanaba Joaquín del Castillo.

—Me aprieta demasiado —murmuró, intentando apartar las manos del hombre.

—No se preocupe —dijo él—. No me gustan las mujeres con el pelo teñido.

—¡Yo no llevo el pelo teñido! —protestó Lucy—. Es usted el hombre más desagradable que he conocido nunca. Estoy deseando perderlo de vista. ¿Cuándo llegaremos al rancho de Fidelio?

—Mañana...

—¿Mañana? —lo interrumpió ella, incrédula.

—Acamparemos dentro de una hora para pasar la noche.

Lucy no tenía intención de pasar la noche al aire libre y menos con aquel hombre.

—Pero yo pensé que llegaríamos enseguida.

—Se está haciendo de noche, señora.

—No tenía ni idea de que el rancho estuviera tan lejos —murmuró ella, angustiada.

Siguieron galopando en silencio durante una hora y lentamente el sol empezó a desaparecer en el horizonte. Lucy estaba exhausta. Cuando Joaquín la tomó en brazos para bajarla del caballo, le temblaban las piernas.

El mes anterior había estado en la cama con gripe y se encontraba fatal. Ni a ella ni a Cindy se les había ocurrido pensar que el rancho de Fidelio estuviera en un lugar tan remoto.

Alejada de la gran ciudad, se sentía muy vulnerable. Cindy había viajado por todo el mundo, pero aquel era el primer viaje de Lucy.

Joaquín llevó los caballos al río y ella se dejó caer al suelo. Le temblaban tanto las piernas que no podía sostenerse.

—Supongo que tendrá hambre —dijo él unos segundos después, ofreciéndole una manta.

Lucy negó con la cabeza y lentamente, como un juguete que se queda sin pilas, se tumbó sobre la hierba.

Joaquín del Castillo extendió la manta y la tumbó sobre ella con delicadeza. Era un hombre

contradictorio. Recortado contra el horizonte, parecía una sombra amenazadora.

—Parece el demonio —murmuró ella, medio dormida.

—No voy a quedarme con su alma, señora... pero tengo intención de quitarle todo lo demás.

El cerebro de Lucy no registró aquellas palabras. Estaba demasiado cansada.

## Capítulo 2

LUCY abrió los ojos lentamente. A su lado crepitaba una hoguera y podía ver la silueta de Joaquín del Castillo recortada a la luz de la luna.

Lucy se sentó de golpe al escuchar un sonido aterrador, una especie de grito inhumano.

—¿Qué ha sido eso?

—Un jaguar. Cazan de noche.

Ella se acercó un poco más al fuego, temblando. Joaquín le dio una taza de café que Lucy tomó con manos temblorosas.

—¿A qué hora llegaremos al rancho de Fidelio?

A la luz de la hoguera, las facciones de Joaquín eran aún más atractivas.

—Temprano.

—Supongo que si yo hubiera sabido montar a caballo, ya habríamos llegado —dijo Lucy, intentando hacer las paces con él. Quizá Joaquín del Castillo la despreciaba, pero había sido él quien envió los billetes de avión. No parecía un hombre rico, pero aquel había sido un gesto generoso. Sin duda, Fidelio tenía un vecino amable y considerado que se preocupaba mucho por él. Podía odiarlo y podían dolerle todos los huesos del cuerpo, pero los motivos por los que prácticamente le había exigido a Cindy que fuera a visitar a su suegro eran respetables.

Joaquín le pasó un trozo de pan con queso que Lucy comió con sorprendente apetito.

Después de comer, sintió que el silencio pesaba sobre ella.

—Quizá podría hablarme de Fidelio —dijo, con una sonrisa de ánimo.

—Entenderá la situación cuando lleguemos a su casa —murmuró él, sin mirarla.

Era de noche y estaba a solas con un extraño en un país que no conocía, pero Lucy se decía a sí misma que no debía tener miedo.

Su madre la había educado advirtiéndola constantemente contra los hombres. Lucy tenía siete años cuando su padre conoció a una mujer más joven y pidió el divorcio. Su madre cambió por completo desde entonces. Se había vuelto una mujer amargada y rencorosa. Cindy se había ido a vivir con su padre y ella se quedó con su madre. Al final, Peter y Jean Fabian habían divi-

dido a las niñas como habían repartido todo lo demás.

Cindy se había ido a vivir a Escocia, donde su padre había abierto un negocio. Les habían prometido que se visitarían a menudo, pero no fue así. Y, amargada a causa de la deserción de su marido por una mujer más joven, Jean Fabian se había aferrado a la hija que le quedaba de forma exageradamente protectora. Un romance posterior en el que su madre volvió a ser traicionada había hecho que odiase a los hombres. Y la adolescencia de Lucy fue envenenada por aquel odio. Las prohibiciones de todo tipo habían impedido que pudiera salir con sus amigos.

Cuando cumplió una edad en la que podría haber exigido libertad, su madre se había puesto enferma y Lucy iba del trabajo a casa y de casa al trabajo. Cuando intentaba salir en alguna ocasión, tenía que enfrentarse con llantos histéricos y amenazas de suicidio.

Pero su hermana había sufrido mucho más viviendo con su padre. Su madre al menos la había querido. Pero cuando el negocio de su padre falló y su novia lo abandonó, Peter Fabian se había convertido en un alcohólico, siempre con deudas e incapaz de conservar un puesto de trabajo. Su hermana lo había pasado muy mal.

Envolviéndose en la manta, Lucy volvió a tumbarse y se quedó mirando las estrellas. Podría soportar el frío antagonismo de Joaquín del Castillo durante unas horas. Daba igual, se decía.

Ella estaba allí para ver a Fidelio y en lugar de sentirse amenazada por lo diferente y extraño de Guatemala, debería estar aprovechando la oportunidad de disfrutar lo que pudiera de la experiencia.

Le dolían todos los músculos del cuerpo cuando intentó levantarse a la mañana siguiente. Y el duro suelo no había hecho nada para aliviar las agujetas. Dolorida por todas partes, Lucy aceptó la cantimplora de agua que Joaquín le ofrecía y se acercó al riachuelo para arreglarse un poco.

Apenas podía caminar y, temblando violentamente, se cubrió con el poncho.

Joaquín le dio una taza de café y un trozo de pan con queso. Él comió de pie, con los movimientos rápidos de un hombre que tiene prisa.

Cuando Joaquín la subió sobre la yegua, Lucy se dijo a sí misma que solo le quedaban un par de horas, pero el camino se convirtió en una tortura.

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó cuando la yegua se paró inesperadamente.

Joaquín la bajó de la silla y, durante unos segundos, estuvo en contacto con aquel soberbio cuerpo masculino. Cuando la dejaba en el suelo, sus pechos rozaron el torso de Joaquín y sus pezones se endurecieron. Lucy tuvo que ahogar un suspiro.

Él la obligó a darse la vuelta y Lucy abrió los ojos como platos. Frente a ella había una casucha hecha de adobe. Una verja de madera rota por todas partes acentuaba el aire de pobreza y abandono.

—¿Dónde estamos? —preguntó, atónita.

—Este es el rancho de Fidelio, señora —contestó Joaquín del Castillo, mirándola con frialdad—. Espero que disfrute de su estancia.

—¿Esto... esto es el rancho de Fidelio? —preguntó Lucy, incrédula.

—Supongo que habría esperado algo mucho más lujoso —contestó él. Lucy se sintió avergonzada. El pobre anciano había debido perder su fortuna en los últimos cinco años y estaba atravesando un mal momento. Su compasivo corazón sangraba por él y entendía por qué Joaquín del Castillo había insistido en que Cindy fuera a visitarlo—. Esta humilde casa es una sorpresa para usted, ¿verdad? Los dos sabemos que no se habría molestado en hacer este viaje si no hubiera imaginado que merecería la pena venir a visitar a un moribundo —dijo entonces Joaquín con aspe-  
reza.

Confundida, Lucy miró a su autoritario y sombrío compañero.

—¿De qué está hablando? Quiero ver a Fidelio...

Joaquín soltó una carcajada.

—Afortunadamente para él, Fidelio no está ahí dentro.

—¿Quiere decir que está en el hospital?

—Solo los enfermos van al hospital y Fidelio no está enfermo.

Un hombre de piel oscura apareció entonces por detrás de la casa.

—¿Quién es ese hombre?

—Mateo trabaja para mí —contestó Joaquín, saludando a su empleado. Los dos hombres intercambiaron unas palabras y después Mateo desapareció sin ni siquiera mirar a Lucy—. Fidelio no está en su lecho de muerte —dijo entonces Joaquín, abriendo la puerta de la casucha—. Está trabajando a muchos kilómetros de aquí y no tiene ni idea de que usted ha venido a Guatemala.

—No lo entiendo...

—Ya imagino —la interrumpió Joaquín, haciendo un gesto para que entrase en la casa, cuyo interior contenía un par de muebles decrepitos—. Pensaba que iba a enriquecerse a expensas de Fidelio, ¿no es así?

—No sé de qué está hablando —protestó Lucy.

—Entonces escuche y se enterará. Fue decisión mía traerla aquí y aquí se quedará hasta que decida que puede marcharse.

Lucy se dejó caer sobre una silla de madera, perpleja.

—Fidelio no está en su casa. No está enfermo... y usted dice que piensa retenerme aquí. Creo que no he entendido bien...

—Lo ha entendido perfectamente. Pero su-

pongo que no puede creer que se ha quedado sin la gallina de los huevos de oro —la interrumpió él—. Y que, aunque sus patéticas cartas pidiendo dinero podían ablandar el corazón de Fidelio, el mío no se ablanda tan fácilmente.

—¿Cartas pidiendo dinero? —repitió Lucy, confusa.

Con una mirada de desprecio, Joaquín del Castillo levantó una caja de madera que reposaba sobre la chimenea.

—Sus cartas, señora. En cada una de ellas habla de su pobreza, su desesperada necesidad de ayuda económica...

Como si estuviera viviendo una pesadilla, Lucy alargó la mano y sacó un sobre de la caja, reconociendo inmediatamente la letra de su hermana. Pobreza... necesidad de ayuda económica... ¿Cindy? ¿Cindy, que había heredado el dinero del seguro de vida de su padre? ¿Cindy, que gastaba como si fuera millonaria y solo compraba ropa de diseño?

—Y mientras tanto, usted vivía rodeada de lujos —añadió Joaquín del Castillo con tono de condena.

—¿Cómo sabe eso?

—He hecho algunas averiguaciones en Londres. Sé que tiene un carísimo apartamento y que suele viajar a menudo. Ha disfrutado de una vida de lujo a expensas de Fidelio. ¿Se ha aprovechado del buen corazón y la credulidad de un anciano y en cinco años lo ha dejado arruinado!

—Dios mío... —murmuró Lucy, entendiendo por fin.

—Sus constantes demandas de dinero lo han dejado en la ruina. Antes de que usted apareciera en su vida, Fidelio tenía dinero suficiente para arreglar esta casa y disfrutar de un retiro agradable, pero ahora, a su edad, se ha visto obligado a seguir trabajando para poder sobrevivir.

—Creí que Fidelio era un hombre rico.

—¿Cómo podía pensar que un capataz era rico, señora? —preguntó Joaquín, incrédulo.

—¿Un capataz? Me parece que ha habido un malentendido —murmuró Lucy, horrorizada.

Joaquín se inclinó sobre ella, haciendo que Lucy se sintiera prisionera.

—No se haga la tonta conmigo —dijo, amenazándola con sus fríos ojos verdes—. No ha habido ningún malentendido y usted no va a salir de aquí...

—¿Que no voy a salir de aquí? ¿Me está amenazando?

—Hasta que firme un documento en el que se comprometa a devolverle a Fidelio todo lo que le ha robado, no saldrá de aquí —la informó Joaquín del Castillo—. Pero no se asuste, no voy a hacerle daño. No me mancharía las manos con usted.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

Lucy estaba tan asustada que no podía pensar con claridad. Por un lado, se apartaba de él como una doncella victoriana y por otro no podía dejar

de mirar aquellos extraordinarios ojos verdes, maravillada de su belleza.

—¿Cree que le haría daño? Yo soy un Del Castillo, señora, nunca maltrataría a una mujer —dijo él con los ojos de color jade clavados en ella. Toda esa pasión, ese fuego, escondidos durante el viaje. Era lógico que Joaquín del Castillo no hubiera abierto la boca. Sus esfuerzos para disimular debían haber sido como una mordaza. El hombre volvió a incorporarse, con las facciones rígidas—. Mateo estará cerca para asegurarse de que no le ocurre nada. Y le aconsejo que no intente escapar. Este es un lugar muy peligroso para alguien que no lo conoce.

—No puede obligarme a permanecer aquí —protestó Lucy.

Joaquín del Castillo sacó un papel del bolsillo y lo puso frente a ella.

—Si firma esto, podrá marcharse inmediatamente.

Lucy tomó el documento que, afortunadamente, estaba escrito en su idioma. Era un documento legal en el que se mencionaba una enorme suma de dinero que, supuestamente, Cindy debía devolverle a Fidelio. Según el documento, su hermana había recibido dinero de Fidelio Páez durante los últimos cinco años. Y el documento la obligaba a devolverlo inmediatamente.

Lucy se sintió desfallecer. Lo creyera o no aquel monstruo, aquello era un malentendido. Cindy había creído que su suegro era rico y si le